

La entrada a la iglesia del monasterio viene acompañada por los gruesos troncos que, como históricos heraldos, invitan al acceso.



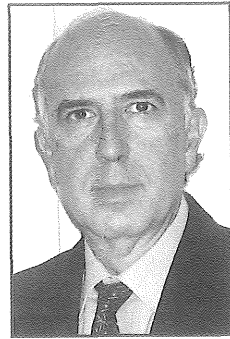
Monasterio de Yuste

Intervenciones recientes

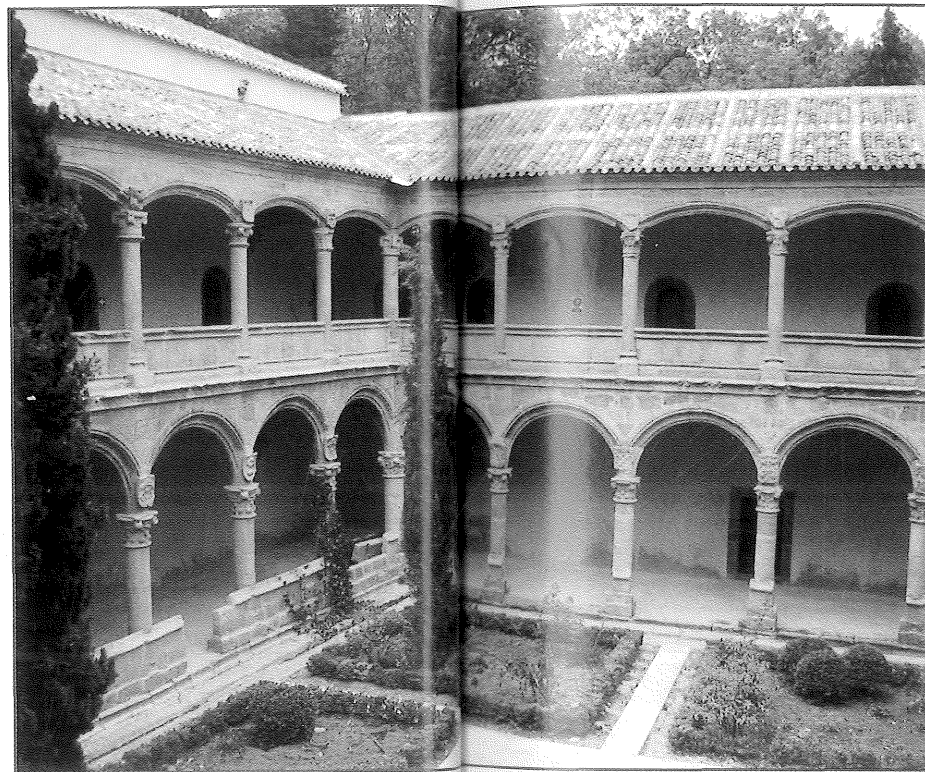
La fundación del monasterio de Yuste (Cáceres) se remonta al año 1402. Tras un primer periodo de vida eremítica, la orden jerónima se hizo cargo del mismo, como casa sufragánea del relativamente cercano monasterio de Guadalupe, bajo la protección del señor de Oropesa y de los condes de Plasencia. El emperador **Carlos V** conoció la existencia del monasterio por indicación de su hijo **Felipe II**, quien había visitado la casa en 1554 junto al prior de la orden jerónima, monjes cuya presencia junto a la Corona se reitera en múltiples fundaciones reales y, singularmente, en el nuevo monasterio de El Escorial. **Carlos V**, después de haber abdicado en su hermano **Fernando** la corona imperial y en su hijo **Felipe** la corona de las Españas y Países Bajos, llega al monasterio de Yuste en febrero de 1557, para allí terminar sus días el 21 de septiembre de 1558. Son apenas 19 meses de breve permanencia en las

estancias urgentemente preparadas por sus arquitectos al costado de mediodía del monasterio.

Los trabajos de construcción de los recintos destinados al emperador y a su séquito se realizaron con la máxima rapidez, configurando un palacio adosado al costado del monasterio que permitía una vida independiente de la monacal, consintiendo el debido contacto entre ambas, singularizado expresamente en la cámara desde la que el emperador podía seguir los oficios celebrados en el presbiterio de la iglesia. La sencillez constructiva de las estancias del emperador se debieron enriquecer con el ropaje de tapices y mobiliario característicos de la época, de los que apenas quedan incompletas descripciones de los viajeros que visitaron el lugar. Al fallecimiento del emperador sus restos mortales fueron custodiados inicialmente en Yuste, desde donde fueron trasladados por **Felipe II** al monasterio de El Escorial

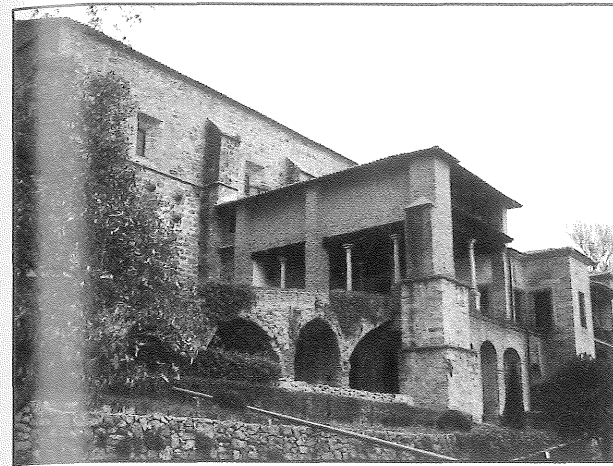


Por **VALENTÍN BERRIOCHOA SÁNCHEZ-MORENO**, doctor arquitecto



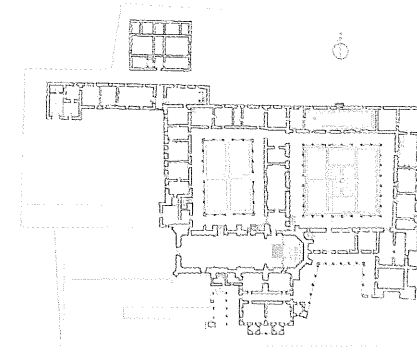
en 1574. El palacio fue abandonado y la suerte del monasterio sufrió diversos avatares con el inicio de su decadencia durante el siglo XVII y el colapso definitivo en el XVIII, con el incendio y saqueo en la invasión napoleónica, que culminó con la desamortización de **Mendizábal**, dando lugar al abandono de los monjes y la adquisición, en 1860, del edificio por el marqués de Mirabel.

Tras la guerra civil de 1939, el duque de Montellano cedió la propiedad del edificio al Instituto de Bellas Artes, y en la década de los cincuenta se inició la restauración del conjunto bajo la intervención del arquitecto **Manuel González-**



El palacio con las estancias del emperador **Carlos V** se construye adosado al costado sur del monasterio, manteniendo una independencia entre ambos recintos.

El claustro es el espacio que articula la vida monacal y que lo caracteriza arquitectónicamente.



Planta del monasterio de Yuste.

Valcárcel, regresando al monasterio la orden jerónima en el año 1958. En 1999 la Fundación Hispania Nostra, en colaboración con otras entidades, particulares y las Administraciones que tutelan el edificio, promovieron el estudio de las actuaciones de restauración del conjunto monumental del monasterio de Yuste, estableciendo el oportuno diagnóstico y las propuestas de intervención sobre el edificio y su entorno, considerando su contenido monacal activo, su valor didáctico museístico y su voluntad de acogida para los visitantes.

En la dirección de los trabajos han intervenido un grupo de arquitectos, con la presencia destacada de **Ignacio Gárate**

Rojas, colaborando, en una primera fase, los arquitectos **Juan de Dios de la Hoz** y **José Luis González**, junto al aparejador **José Orantos**, y en una segunda fase el arquitecto **Pedro Ponce de León**, junto al aparejador **Carlos Ayuso**. Este equipo ha contado con la ayuda de los medios técnicos, materiales y humanos de la empresa Clar Rehabilitación, adjudicataria de las obras. Las tareas realizadas —a fecha de diciembre de 2001 en muy avanzado estado de ejecución— indican un notable grado de sensibilidad hacia el edificio, entendido como el más expresivo documento de la historia y de los personajes que concibieron una arquitectura que es

fiel reflejo de los valores que identifican los usos y maneras de la sociedad capaz de construirla. Los sucesivos periodos que fueron añadiendo su impronta en el continuo construir del edificio, desde sus inicios en el siglo XV hasta sus esplendores en el XVI y añadidos de sucesivas heterodoxias, han sido respetados, renunciando a la perversa actitud de limpiar la arquitectura hasta convertirla en un falso producto homogéneo del periodo más acorde con el gusto subjetivo del restaurador.

Las actuaciones respetan el entendimiento del cerrado recinto monacal con sus accesos independientes al monasterio, a la iglesia y al palacio; el valor de los espacios litúrgicos; el carácter monacal de los espacios claustrales, así como la integración entre volúmenes edificados y espacios exteriores del entorno, que configuran, entre todos, las variadas escenas del conjunto. En cuanto a los ámbitos que se encontraban arruinados, abandonados o, al menos, infrautilizados, las actuaciones han resuelto una razonable redistribución funcional para una hospedería como signo de apertura y disponibilidad.

Las restauraciones realizadas sobre las fábricas y estructuras del edificio permiten entender que la arquitectura histórica se expresa a través de los sistemas constructivos que la pertenecen. Con esta premisa puede entenderse y valorarse el acierto del empleo en las tareas de restauración de los sistemas tradicionales con los que se construyó el edificio, tanto en sus muros, bóvedas, estructuras, viguerías de madera, pavimentos y, especialmente, en el respeto y recuperación de los revestimientos en paramentos con morteros de cal, estucos y yesos, cuya labor de investigación llevada a cabo en las obras resulta especialmente significativa y meritoria. En este sentido debe señalarse el error tan frecuente de «pelar» los revestimientos de los muros dejando paramentos con la piedra o el ladrillo a la vista, siendo que estos elementos fueron construidos para ser cubiertos con el acabado del revoco o tendido que le corresponde. En el interior de la iglesia del monasterio se puede apreciar el criterio empleado en la restauración de la década de los cincuenta y que ha dejado los muros y los plementos de las bóvedas desprovistos del revestimiento preciso, lo que supone una alteración notable de la percepción espacial del recinto. ■■